

MODELOS DE ACULTURACION EN ARQUEOLOGIA

MIGUEL RIVERA DORADO
Universidad Complutense de Madrid

La palabra aculturación se compone de una partícula formativa, la preposición latina *ad*, y del vocablo cultura. Quiere significar cercanía, unión o contacto. Las dificultades de aceptación que en castellano ha tenido esta voz están perfectamente expuestas y resueltas en la obra de Gonzalo Aguirre Beltrán (1970, 7-9). Otro tipo de dificultades, las que surgieron de la confusión conceptual del término, en el que algunos pretendían ver asimilación o socialización, fueron en parte superadas a través del memorándum redactado por Redfield, Linton y Herskovits (1936), en el que se decía que aculturación hace referencia a fenómenos resultantes del contacto continuo y directo entre grupos humanos portadores de culturas diferentes, con cambios subsecuentes en los patrones originales de uno o ambos grupos. Aculturación es solamente un aspecto del cambio cultural y opera en otro nivel circunstancial que la simple difusión; es decir, es un contacto intergrupar directo que origina una serie de procesos que se resuelven a su vez en cambio cultural.

Es hasta cierto punto secundario, en el marco del presente trabajo, que discutamos la prioridad de la terminología y nociones culturalistas sobre las puramente sociológicas. Hay que aclarar, sin embargo, que la aculturación, produciéndose en el tiempo, no puede prescindir del criterio espacial que muchas veces condiciona, paralelamente a otros factores, la resultante del contacto. Con esto queremos decir que el fenómeno de aculturación estudiado en zonas de frontera, plantea una problemática diferente de la que surge cuando un grupo se traslada, sobre distancias que pueden ser grandes, hasta entrar en relación con otro. Igualmente, las regiones marginales son otra faceta del problema. La dependencia directa y constante del foco de ciertas regiones culturales, orienta los procesos de contacto por caminos que difieren de los manifestados cuando el grupo se encuentra aislado, inmerso en un contexto sociocultural y ecológico distinto. Otro punto a precisar para cada caso concreto es la cantidad y la calidad de los grupos relacionados. El componente cultural de uno o de ambos puede reducirse a un segmento

especializado de la cultura total, aunque su importancia relativa, en cuanto a las consecuencias de la situación de contacto, puede ser muy grande. De hecho, incluso en los procesos de aculturación en gran escala, como la colonización española del Nuevo Mundo, el fenómeno se produce entre subculturas y/o entre conjuntos con una información y un nivel de integración sociocultural particular. Medir la duración del contacto, en orden a calificar sus consecuencias, es una tarea difícil, y pueden producirse fuertes interacciones, motores a su vez de cambios estructurales profundos, en situaciones cuya prolongación temporal es relativamente breve.

Como señala Aguirre Beltrán, desde su iniciación los estudios de contacto cultural tuvieron una finalidad, explícita o implícita, eminentemente práctica. Con algunas raras excepciones, todos ellos fueron dirigidos a examinar el impacto que la cultura occidental, altamente evolucionada y agresiva, había producido en el mundo indígena menos desarrollado. Las urgencias de la explotación colonial o el tratamiento de las inclusiones étnicas en las llamadas sociedades nacionales, condujeron a la antropología al planteamiento de los problemas que emanaban de la convivencia, en un mismo territorio, de individuos y de grupos que usaban un distinto sistema instrumental para lograr su ajuste al medio físico y social (Aguirre Beltrán, 1970, 12). El reconocimiento de este hecho no inhibe a la aculturación el carácter de fenómeno de expansión mundial en el tiempo y en el espacio. Tampoco es una condición precisa que las culturas que entran en contacto presenten agudas distancias en los niveles respectivos de desarrollo tecnológico o de complejidad social. La aculturación, como proceso, depende en gran parte de la superioridad funcional de unas pautas, o de los medios coercitivos empleados para imponerlas, pero también del prestigio que puede emanar de personas y acontecimientos, o de redes de relaciones que desencadenen un afán mimético en determinados sectores de la unidad social. No adelantaremos nada en el estudio y comprensión de los fenómenos aculturativos si limitamos estrechamente el marco en que se pueden producir. Hay que rescatar el análisis de las situaciones de aculturación del particularismo de la antropología aplicada, y aún más, del campo de las investigaciones etnográficas o etnohistóricas. La arqueología puede proveer de elementos de juicio suficientes como para que, con su metodología se descubran e interpreten rigurosamente todo tipo de procesos de contacto. Así lo entiende Gordon Willey (1953) cuando afirma que los arqueólogos, por la naturaleza de su materia de trabajo, pueden siempre observar y manejar los logros, las realizaciones terminadas de un proceso, pero que para ellos el aspecto dinámico debe residir en el "antes-durante-después" que forma la secuencia del contacto cultural. Este autor estudia la difusión-aculturación en tres casos arqueológicos, en Georgia central, en el norte de Yucatán y en la costa norte del Perú. A través de ellos obtiene un patrón caracterizado porque una cultura invade el territorio de otra implantando en él una colonia, probablemente por la fuerza. En ella pueden vivir exclusivamente extran-

jeros o una mezcla de población foránea con gentes autóctonas, en cuyo caso los invasores se reservan los roles de prestigio y el control religioso y político, hecho fácilmente inferido por medio del énfasis puesto en la arquitectura pública y el arte simbólico. Los efectos de la aculturación se evidencian con la aparición de una nueva forma cultural, en un plazo más o menos largo, en la que conviven viejas tradiciones locales o regionales con elementos intrusos. En los ejemplos de Willey, todas las culturas participan de una tradición común que afecta al área o superárea respectiva, y quizá este hecho justifique el que los efectos del contacto entre grupos con diferentes niveles de complejidad cultural, sean positivos en cuanto al logro de más perfectos ajustes adaptativos en las formas mixtas.

Observamos que se está aplicando el enfoque aculturativo a los registros arqueológicos. Faltan todavía sin duda mayores aportaciones teóricas pero, como veremos más adelante, estamos en la vía adecuada para perfilar una nueva síntesis entre los datos de la excavación y los planteamientos generales.

A lo que llega Willey es precisamente a la elaboración de un modelo de aculturación. El uso de modelos se ha extendido en la arqueología de los últimos años. Clarke define el modelo como piezas de un mecanismo que relaciona observaciones a ideas teóricas. Pueden ser usados para diferentes propósitos y varían ampliamente según la forma del mecanismo empleado. Los modelos son con frecuencia representaciones parciales que simplifican el complejo de observaciones, por medio de la eliminación selectiva de detalles incidentales al propósito que persiguen. El modelo aísla de esta manera los factores y las interrelaciones esenciales (Clarke, 1972, 1-2). La necesidad de los modelos en arqueología, como recursos comparativos, organizativos o explicativos, se pone de manifiesto si aceptamos que la esencia de las orientaciones científicas y empíricas es precisamente la construcción, aplicación, verificación o refutación y modificación de modelos explícitos (Clarke, 1972, 3; Harvey, 1969, 141). El modelo está soportado y se apoya a su vez en la teoría. Sin unos planteamientos teóricos que articulen los intereses del investigador con los procedimientos analíticos y metodológicos, no pueden lograrse patrones socioculturales con fines analógicos y generalizadores. Los modelos enriquecen al mismo tiempo la teoría subyacente a su construcción, al facilitar explicaciones sobre las situaciones investigadas.

Para abordar la problemática expuesta en nuestra hipótesis sobre un posible caso de aculturación prehispánica en la costa norte del Ecuador (Rivera, 1972; 1973), hemos desarrollado una metodología basada en lo que llamamos esquemas de difusión-aculturación, es decir, el cuadro total de relaciones a distintos niveles entre los segmentos en que dividimos la cultura con fines de análisis. El esquema se construye de acuerdo con las características específicas del probable foco expansivo, y se trata luego de comprobar en la cultura receptora, anotando las contradicciones que nacen en la situación de contacto y las potenciali-

dades adaptativas de los diferentes elementos, y asociaciones de elementos, que entran en juego en el proceso. Pretendemos con ello construir un modelo predictivo de los cambios que van a ser inducidos en las culturas en contacto, debido a los procesos desencadenados por el dinamismo del fenómeno de la aculturación. El esquema es una guía para la comparación, a la vez que una conceptualización particular del tratamiento que deben darse a las supuestas influencias externas en arqueología, y tiende en todo caso a descubrir las posibles dislocaciones y su importancia potenciadora o limitativa de la interacción.

A nuestro parecer, la investigación arqueológica de un fenómeno de aculturación debe cubrir seis etapas principales:

1. Descubrimiento de los *síntomas* o cristalizaciones de posibles procesos de difusión-aculturación, por lo general a través de semejanzas morfológicas en la cultura material.

2. Elaboración de una hipótesis sobre el sentido y alcance de esos procesos, con especificación de las unidades culturales implicadas y la cronología que sitúa temporalmente el contacto.

3. Aplicación sistemática de un esquema metodológico con el fin de elaborar un patrón sobre la probabilidad de determinados resultados en el caso de una situación de contacto. Debe aclarar: a) Capacidad adaptativa del grupo expansivo al medio ambiente del grupo receptor; b) Grado de equilibrio del ecosistema receptor y probabilidad de trastornos de cierta envergadura, con estudio del alcance y naturaleza de los mismos; c) Grado de opcionalidad de cada uno de los grupos ante los estímulos al cambio: situaciones de fuerza, degenerativas, etcétera; d) Análisis comparativo de la organización económica, social, religiosa y política de ambas culturas, de la tecnología y realizaciones materiales, señalando las posibilidades de ajuste o dislocación en la situación de contacto. Estudio más detallado a través de los segmentos en que se pretenda situar con más fuerza la incidencia de los procesos.

4. Construcción de un modelo predictivo-teórico de los resultados probables del contacto, según las variables correlacionadas tenidas en cuenta.

5. Verificación de este modelo en el registro arqueológico, según un procedimiento descriptivo-inferencial completo y riguroso.

6. Elaboración de un modelo definitivo que refleje la situación de aculturación estudiada.

El manifiesto que pretende sentar las bases de la aplicación del esquema de difusión-aculturación a que hacen referencia los puntos 3, 4 y 5, comprende a su vez diez apartados:

1. Las semejanzas formales entre rasgos o complejos arqueológicos no son más que síntomas o indicios de la posible existencia en el pasado de una situación de contacto cultural.

2. La evidencia de un fenómeno de contacto cultural *no* es evidencia de un fenómeno de aculturación.

3. La aculturación solamente se demuestra estudiando los procesos dinámicos antecedentes y derivados de una situación de contacto cultural directo.

4. Mientras no se compruebe el alcance y naturaleza de esos procesos, no podrá constatarse por tanto fehacientemente el carácter —y la existencia misma— de una situación de contacto cultural (difusión y/o aculturación).

5. El fenómeno de contacto cultural es eminentemente adaptativo. Necesitamos conocer las opciones, alternativas o expectativas al cambio por parte de ambas unidades culturales.

6. Todo fenómeno de difusión o aculturación comporta interacciones sometidas a presiones selectivas, que deben ser medidas y valoradas.

7. La investigación debe ser hipotético-deductiva, a través de una conceptualización teórica en los tres enfoques: histórico, ecológico-cultural y funcionalista.

8. La cultura es un todo integrado. La evaluación de las situaciones de contacto cultural debe tener en cuenta las repercusiones en la estructura global de los sistemas culturales.

9. Admitimos la categorización de los procesos, y el empleo de niveles taxonómicos o tipológicos con fines de análisis.

10. El fin último de la investigación debe ser la elaboración de modelos de difusión-aculturación que, recurriendo a procedimientos comparativos, lleguen a convertirse en leyes de comportamiento sociocultural. Los modelos pueden ser descriptivos o lógicos, y pondrán de manifiesto regularidades causales.

Naturalmente que en un primer momento deben obtenerse cuadros coherentes de los sistemas culturales extinguidos. Entonces, como dice Binford (1962), la estructura formal del conjunto instrumental y las relaciones contextuales entre los elementos deben ser tenidas en cuenta. Agrupando los artefactos obtenidos en una excavación en conjuntos de acuerdo con su contexto funcional primario, obtenemos importantes referencias sobre la tecnología y procesos de adaptación, los cambios estructurales en el sistema social, niveles de integración, estructura del simbolismo material, etc. Posiblemente, la consideración sistémica de la cultura arqueológica sea uno de los mejores cauces para elaborar hipótesis interpretativas válidas sin salir del marco de la teoría antropológica general y, por lo tanto, será el que empleemos al enfrentarnos con la construcción y aplicación del esquema de difusión-aculturación.

Clarke emplea una serie de tipos-modelo cuando se refiere a las situaciones de contacto cultural: intrusión/sustitución subcultural; intrusión/inserción subcultural; aculturación cultural; estímulo-difusión; y difusión secundaria. Estos procesos reflejan varios grados de movimiento humano y de reorganización de la población (Clarke, 1971, 412-413), y nosotros hemos seleccionado los de mayor utilidad para indicar la clase de contactos que pudieron tener lugar entre Mesoamérica y los Andes septentrionales. Nuestras dudas se centran en la forma de hacer el re-

gistro arqueológico lo suficientemente explícito; por eso pensamos que este tipo de fenómenos —uno de los cuales fue bien descrito por Kroeber (1940)— deben ser detectados por medio de un nuevo instrumento metodológico, que en nuestro caso es el modelo predictivo construido a base del esquema de difusión-aculturación. Los procesos socio-arqueológicos de Clarke son un refinamiento sobre las antiguas especulaciones clasificatorias en torno al contacto cultural, pero no facilitan —aunque sí sugieren (págs. 431-432)— el modo práctico de llegar a averiguar cómo y por qué se produjeron precisamente tales situaciones y tales resultados. Las llamadas *formas organizadas* (de lograr cada uno de los procesos) no tienen en cuenta los factores selectivos que parten de un plausible juego de incompatibilidades sociales y ecológicas, como variables dependientes e independientes, que nosotros deseamos poner de manifiesto, puesto que no hay otro camino para hallar regularidades significativas. ¿Qué sucede, por ejemplo, si un segmento subcultural, como los esclavos, se introduce en un grupo donde la esclavitud sea inhibida como institución a causa de factores religiosos o de tipo socio-laboral? ¿Puede dar lugar el intercambio de presentes a una difusión secundaria en todas las sociedades? ¿Y, por qué en algunas sí y en otras no? ¿Qué niveles de integración están mejor preparados para aceptar innovaciones en el campo de las creencias o en relación con la movilidad social? Creemos que estas preguntas evidencian suficientemente la necesidad de reconsiderar la metodología desde un ángulo cercano al de los modelos predictivos, en los que ambos sistemas, en relación pueden ser monotéticos.

Clarke (1971, 418-431) recurre posteriormente a un conjunto de modelos que proveen información acerca de la clase de proceso de difusión que opera en una situación particular, partiendo de las regularidades del patrón de distribución resultante y del conocimiento de las entidades y contextos implicados. El modelo "polarizado", que se centra en formas comerciales organizadas, puede ser sugerente en el caso de las relaciones prehispánicas entre los subcontinentes americanos; mientras que el modelo de "deslizamiento cultural", que invoca intrusión significativa a larga distancia o zonas de penetración intermedias, apenas aporta nada a nuestro problema, que no puede tratarse en absoluto como el de las pretendidas influencias asiáticas en Suramérica o la difusión de rasgos anatólicos hacia occidente durante la Edad del Bronce, ya que no admitimos la difusión independiente de los diferentes elementos que parecen asimilados en La Tolita-Tumaco. No obstante, este modelo refleja con bastante exactitud la situación de los contactos tal y como son expuestos por Evans y Meggers (1966) o por Borhegyi (1959). El modelo llamado "estímulo en ondas de arco" se refiere al estímulo-difusión, y presenta una estratigrafía en la que las ideas anteceden a la posible llegada de los propios elementos en que se materializan. Algunos aspectos de las manifestaciones de la costa norte del Ecuador y sur de Colombia, podrían quizá interpretarse en este sentido. Los modelos de "flujo contrario" que afectan al estatus de las zonas margi-

nales, o el efecto de Doppler, que señala irregularidades en la seriación, tampoco son de utilidad respecto a la hipótesis que planteamos; por el contrario, el modelo de "tendencia" tendría posiblemente una aplicación restringida para aclarar, por ejemplo, determinadas lagunas en la distribución de las influencias sobre cultura material —que afectan especialmente a las figuras de arcilla, mientras que en los recipientes las semejanzas se reducen por lo general a los soportes—, aunque somos de la opinión de que hay otros medios de correlacionar las variables para obtener una explicación más certera de estas inflexiones sectoriales.

En relación con los procesos y modelos que hemos discutido, insistiremos nuevamente en que el esquema de difusión-aculturación que proponemos no es un modelo teórico y explicativo, sino que aporta las bases para la construcción de otro predictivo, encaminado a concluir que, dadas unas circunstancias ambientales y socioculturales por parte de dos unidades arqueológicas, los resultados del contacto directo entre determinados segmentos tenderán hacia procesos de una clase específica.

Con el desarrollo conceptual de esquemas metodológicos, del tipo del que tratamos de aplicar a un caso concreto de posible aculturación en la América prehispánica, hemos pretendido ejemplificar dos puntos en los que tenemos plena certeza: 1. La necesidad de introducir de manera creciente en los estudios arqueológicos planteamientos teóricos derivados de los hallazgos de la antropología cultural o social, como se viene haciendo hace varias décadas en Estados Unidos y en algunos países europeos. En este sentido, el estudio de los casos de aculturación, con una metodología apropiada, parece de primordial importancia para abordar científicamente los problemas del cambio cultural; 2. La importancia y validez del empleo de modelos, del tipo que sean, en las diferentes etapas de la investigación, como instrumento orientador de esos planteamientos a que hace referencia el punto anterior. Su utilización facilitará en grado sumo la interpretación del registro arqueológico y la explicación de las situaciones culturales que en él se manifiestan.

BIBLIOGRAFIA

- Aguirre Beltrán, Gonzalo
1970 *El proceso de aculturación en México*. Instituto de Ciencias Sociales. Universidad Iberoamericana. México.
- Binford, Lewis R.
1962 *Archaeology as Anthropology*. *American Antiquity*, vol. 28, núm. 2, 217-225. Salt Lake City.
- Borhegyi, Stephan F. de
1959 *Pre-Columbian cultural connections between Mesoamerica and*

- Ecuador. Tulane University: Middle American Research Records, vol. 2, núm. 6. New Orleans.
- Clarke, David L.
1971 *Analytical Archaeology*. Methuen Co. London.
1972 Models and paradigms in contemporary archaeology. *Models in Archaeology*, 1-60. Methuen Co. London.
- Evans, C. y B. J. Meggers
1966 Relationships between Mesoamerica and Ecuador. *Handbook of Middle American Indians*, vol. 4, 243-264. Austin.
- Harvey, D.
1969 *Explanation in Geography*. Arnold. London.
- Kroeber, Alfred L.
1940 Stimulus Diffusion. *American Anthropologist*, vol. 42, 1-20. Menasha.
- Redfield, R.; R. Linton y M. J. Herskovits
1936 Memorandum on the Study of Acculturation. *American Anthropologist*, vol. 38, 149-152. Menasha.
- Rivera, Miguel
1972 Hipótesis sobre relaciones entre Mesoamérica y el Area Andina Septentrional. *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 7, 19-31. Madrid.
1973 Algunos rasgos mesoamericanos en la costa de Esmeraldas (Ecuador). *I Simposio sobre Correlaciones Antropológicas Andino-Mesoamericano*. Guayaquil. (En prensa).
- Willey, Gordon R.
1953 A Pattern of Diffusion-Acculturation. *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 9, 369-384. Albuquerque.